

Crisis y revisión del liberalismo en el periodo de entreguerras.

HUGO AZNAR, KATIA ESTEVE
(EDITORES)

Tirant humanidades,
Valencia 2022.

ISBN: 9788418802409. 455 pp.



El liberalismo como tercera vía entre *hunos* y *hottos* (que diría Unamuno) siempre resulta interesante. Este libro editado por Hugo Aznar y Katia Esteve viene a cubrir un trecho histórico del liberalismo: el periodo de entreguerras. No es un libro aislado, sino que se inserta en un proyecto de investigación más amplio que lidera el propio H. Aznar desde hace años. El volumen recoge catorce trabajos de especialistas que trazan una precisa radiografía de la revisión a la que fue sometida la tradición liberal en la primera mitad del siglo XX, aunque inevitablemente a veces se toman las aguas de un poco más arriba, y en ocasiones los autores estudiados llegan casi a ser contemporáneos nuestros. La obra se estructura en torno a núcleos geográficos: Gran Bretaña, EEUU, Europa y por último varios capítulos dedicados al liberalismo español. En todos parece que la idea fundamental que se repite sea: el liberalismo clásico pecó de individualista, y hay que enriquecerlo con los diversos aportes sociales y de refuerzo por parte del Estado que variarán en función del autor estudiado.

Tras la panorámica introducción de los editores, el primer capítulo es un espléndido y denso trabajo de R. Bellamy, catedrático del University College London: *El estado liberal democrático: defensas y desarrollos*, donde presenta los hilos fundamentales del liberalismo americano y europeo que va de 1918 a 1945. Identifica al mercado, el desgaste de la propia democracia y el cambio de valores como los tres factores que desafiaron la democracia liberal. En América Dewey busca completar el individualismo del liberalismo con políticas de bienestar, seguros por desempleo, etc. Sin caer en el redistributismo socialista apuesta por una intervención decidida del Estado. En una línea parecida, Keynes identifica en los mercados una de las causas de la guerra y propone también la intervención, aunque en menor medida que Dewey. En Europa Mises defiende que la planificación de millones de interacciones es imposible, mientras que Pareto analiza las democracias en términos de élites políticas que cortejan a sus votantes; Weber en fin apunta que el liberalismo clásico es tan irreal por abstracto como la planificación socialista. Pero todas estas posturas a partir de 1945 evolucionan hacia otros postulados.

La profesora Katia Esteve analiza *Los orígenes del new liberalism: liberalismo ético e idealismo británico*. Asume con Carlyle que la historia de la cultura es un desarrollo de la historia de la libertad, aunque sorprendentemente parece que la revolución industrial viniera más a traer problemas que a resolverlos (p. 64): por ello había que reformar el liberalismo clásico. Primero Owen y luego Mill dan base para un liberalismo que apueste por la reforma social, porque no basta el *laissez faire*. En la escuela de Oxford, Hill Green apunta acertadamente que el individuo depende de la comunidad en la que se inserta, mientras que en la Sociedad Fabiana se intenta mezclar el liberalismo con el socialismo, huyendo de los postulados marxistas. Las líneas maestras de este *new liberalism* son: ponerle coto al *laissez faire*, tener en cuenta a la comunidad y no solo al individuo, que el Estado se encargue de remover los obstáculos para el desarrollo, pero que esta intervención estatal no ahogue el desarrollo personal. Como principales figuras de estos planteamientos tenemos a Hobson y Hobhouse, quienes demuestran que el desarrollo del individuo no está reñido con el Estado del bienestar.

Continuando en Gran Bretaña, el catedrático de Granada, José Luis Monereo, estudia a *Laski y Hobhouse: las trayectorias del liberalismo social inglés*. Parte de la tesis del agotamiento del modelo liberal individualista. En este contexto, el primer Laski propone un liberalismo social de inspiración Fabiana, que sabe unir a las cuestiones teóricas la práctica política. Para este autor el Estado es la cúspide del edificio social moderno, integrando los diversos intereses de los grupos que lo componen; pero a la vez hay que aspirar a la internacionalización: porque el Estado es protector de los intereses del capitalismo, y sobre todo de la guerra. El segundo Laski, sin embar-

go, tuvo una deriva que lo acercó aún más al marxismo. Hobhouse por otra parte también intenta superar el individualismo, al descubrir que la sociedad se forma naturalmente, y que el orden social ha de darse para que la persona se desarrolle con normalidad. El intervencionismo estatal es necesario en el trabajo, la protección al desempleo, etc. Parecería que la propia evolución social conduciría al intervencionismo estatal de modo progresivo, sin rupturas ni revoluciones.

Sin salirnos del ámbito angloparlante, nos centramos ahora en Norteamérica. Juan G. Morán, profesor en la UNED, estudia el cambio *De la gran depresión a la gran recesión: el legado liberal-democrático de John Dewey en perspectiva histórica*. El autor más relevante aquí es Dewey, que se aparta no sólo del liberalismo clásico, sino incluso de las políticas del *New Deal* por considerarlas poco sociales. El *New Deal* de Roosevelt había supuesto incremento de la obra pública, subvención a los precios agrícolas, reducción de la jornada laboral, regulación del mercado bursátil, seguridad social, política fiscal, etc. Pero para Dewey esto es insuficiente y se sitúa más a la izquierda que Roosevelt, con un movimiento al que llama *renascent liberalism*. Según Dewey hay tres oleadas de liberalismo: el clásico del *laissez faire*; el reformista blando o *new liberalism* que incorpora tímidas reformas sociales; el radical (que él mismo propone): la planificación social, la economía socializada, “el control social de las fuerzas económicas” (lo cual puede sonar paradójico, tratándose de liberalismo). Concluye el autor con una analogía con el presente, reconociendo que en la historia no se dan leyes inexorables.

También en Norteamérica se sitúa *El caso de Roscoe Pound. El New Deal como encrucijada para el progresismo jurídico liberal norteamericano*, analizado por Leopoldo García, profesor titular de la Universidad CEU UCH y traductor del ensayo introductorio de Bellamy ya comentado. Descubrimos aquí una interesante aplicación de las ideas liberales al campo jurídico. Roscoe Pound es un juez norteamericano que en un principio propone una “jurisprudencia sociológica”: un ejercicio del derecho que tenga en cuenta los condicionantes sociológicos y no se limite a la aplicación mecánica de la ley. Esto encuadraría a Pound dentro del *progressive movement*, en una línea progresista. Sin embargo, algunos radicalizaron estos postulados y Pound fue tomando cada vez más distancia de los planteamientos progresistas. En el caso de Sacco y Vanzetti, el juicio de dos anarquistas que polarizó a la opinión pública norteamericana, Pound abogó por la pena de muerte alineándose así con los conservadores. Más tarde incluso se opondría a la política del *New Deal* por excesivamente intervencionista. Sus relaciones con la Alemania de Hitler antes de la guerra supuso su declive definitivo, a la luz de los desgraciados sucesos posteriores.

El último de los autores norteamericanos estudiados es el periodista e intelectual *Walter Lippmann y la refundación del liberalismo*, presentado de la experta mano

del también editor del libro Hugo Aznar. Lippmann es el periodista político más leído del siglo XX y a él se debe el famoso “coloquio Lippmann” al que acudieron en 1938 egregios intelectuales y que sirvió para redefinir las coordenadas del liberalismo político y económico. Ante todo está la conciencia de que el crack del ‘29 supone el fin del liberalismo clásico, lo cual lleva a Lippmann a enfrascarse en un programa de formación personal que le permita entender la compleja realidad en la que se encuentra. En el libro “El método de la libertad” Lippmann reconoce que la acción libre requiere condiciones sociales adecuada que son propiciadas por el Estado, alejándose del colectivismo absoluto marxista: “Se ha convertido en algo necesario crear un poder colectivo para movilizar recursos colectivos y elaborar procedimientos técnicos mediante los cuales el Estado moderno pueda equilibrar, igualar, neutralizar, compensar, corregir los juicios privados de las masas de individuos” (p. 191). En el libro “The New imperative” propone de nuevo el intervencionismo. Y sin embargo, en “The good society”, empieza en la línea de Mises o Hayek a criticar el intervencionismo, reconociendo con razón que el liberalismo progresista o radical (¿alusión a Dewey?) es totalitario en su concepción de la sociedad (p. 203). Pero en la segunda parte del mismo libro encontramos un planteamiento aparentemente contrario, porque admite que el liberalismo debe perfeccionarse por la reforma social, adoptando políticas de protección de recursos naturales, de limitación de las grandes corporaciones industriales, aumentando el gasto en higiene, educación u obras públicas. Según el autor del capítulo no se trata de dos partes contradictorias sino complementarias: porque obedecen a propósitos distintos e incluso fueron escritas en momentos distintos. La aspiración última de liberalismo de Lippmann sería la exigencia moral de tratar al otro como personas, no como esclavos.

Interesantísimos resultan los dos capítulos que siguen (al menos para el que esto escribe, aunque esto siempre depende de perspectivas personales). Paloma de la Nuez, profesora de la Universidad Rey Juan Carlos, presenta *La escuela austriaca*. La crisis del petróleo del '73 supuso el fin del kenesianismo y la recuperación de las ideas más interesantes de la escuela austriaca. La desconfianza hacia las matemáticas o la concepción praxeológica de la economía como leyes a priori han granjeado cierta desconfianza hacia los austriacos. Pero se trata de un programa de investigación (diríamos, en terminología de Lakatos) robusto, iniciado por Menger, Wieser y Böhm-Bawerk, continuado por von Mises y Hayek o más recientemente Kirzner y Rothbard. Varias serían las características de esta escuela: el economista es un humanista porque las ciencias sociales no pueden ser asimiladas al paradigma de la ciencias naturales; la metodología en ciencias sociales debe ser la del individualismo metodológico porque quien toma decisiones al fin y al cabo es la persona concreta; el valor en economía no viene dado ni por el objeto en sí, ni siquiera por el trabajo

que costó producirlo, sino por la apreciación subjetiva de las personas; la planificación económica está abocada al fracaso porque supone la fatal arrogancia de pensar que alguien puede tener el conocimiento de miles de personas interactuando; las instituciones más importantes (tales como el dinero, el derecho y similares) surge sin planificación, desde un orden espontáneo dinámico y abierto. Todo esto cristaliza en unas ideas políticas: el Estado liberal y la democracia son los mejores medios para asegurar el cumplimiento del desarrollo personal; pero el Estado ha de limitarse a garantizar la igualdad ante la ley: no necesitamos tanto un Estado del bienestar (porque caerá en la tentación de la planificación generando problemas no previstos) cuanto un Estado de derecho que garantice el libre desarrollo de cada uno, incluyendo la libertad de ayudar a quien uno quiera. Todo esto, teniendo en cuenta que el neoliberalismo es algo más complejo de lo que sus críticos nos quisieran hacer creer (exactamente igual, añadiríamos, a lo que sucede con las ideologías contrarias, que son sistemáticamente simplificadas por sus opositores en orden a ridiculizarlas del modo más conveniente).

Elvira Alonso, profesora en la Universidad CEU UCH profundiza en *El neoliberalismo de Friedrich Hayek: la libertad económica bajo el imperio de la ley*. Hayek es conocido como economista, pero algunas de sus mejores obras, como “Camino de servidumbre” o “La fatal arrogancia”, conllevan una profunda reflexión política. Tampoco es partidario de *laissez faire* (como le acusan sus críticos) sino que para él, el mercado necesita de un marco legal que garantice la libre competencia. El papel del Estado consiste en garantizar la libertad. Más problemática encontramos su crítica a los conceptos de bien común o justicia social. Hayek estuvo presente en el coloquio Lippmann (ya hemos comentado cómo influye en “The good society” del propio Lippmann) que es un cierto precedente de la sociedad Mount Pelerin. En cierto sentido, como apunta acertadamente Foucault, se podrían poner en la misma línea antiliberal a Stalin, Hitler, Roosevelt o Keynes: todos abogando en favor del intervencionismo estatal en mayor o menor medida. La propuesta política de Hayek tiene varios pilares: la libertad individual como ausencia de coacción, que no se puede garantizar sin el Estado; por tanto el fundamento de la libertad es el imperio de la ley (las leyes generales dan seguridad jurídica, los mandatos particulares todo lo contrario); no sólo hay que separar los poderes, sino que el principal poder que debe ser controlado es la administración; la justicia social es una utopía porque no se puede conocer a priori lo que es justo en una sociedad (sin que ello sea óbice para que el Estado deje de garantizar ciertos servicios mínimos). El liberalismo, en fin, no es tanto la democracia sino la isonomía o igualdad ante la ley. Todo esto se basa en una antropología (como toda propuesta teórica) que teniendo en cuenta la ignorancia humana y la confianza en la evolución espontánea del orden social cuenta

con la libertad humana como piedra fundamental del progreso social.

De Austria pasamos al *Liberalismo en Alemania: Wilhelm Röpke y la crisis de su tiempo*, presentado por Antonio Robles, catedrático de ciencias políticas en la Universidad de Granada. El capítulo profundiza en una interesante y algo olvidada corriente de pensamiento político: el ordoliberalismo. Se trata de un liberalismo árquico porque parte de la pluralidad de poderes que se dan en la sociedad y que deben dialogar entre sí. El mercado y la competencia nacen en un orden histórico determinado, nunca de manera espontánea (al contrario que los austriacos, como acabamos de ver). Röpke parte también de la crisis del liberalismo, ante la aparición de las ideologías totalitarias como el comunismo o el fascismo. Pero Röpke no piensa solo, sino que se inserta en la más amplia escuela de Friburgo, que concibe la sociedad como algo compuesto por varios órdenes, uno de los cuales es el económico. Puestos a coordinarse, la coordinación descentralizada es más efectiva que la coordinación centralizada. Röpke se apartó del socialismo de juventud tras leer a von Mises, y su enfrentamiento con el nazismo le obligó a emigrar a Estambul. Propone una vía intermedia entre el individualismo y el colectivismo, inspirada en valores cristianos. Por ello entiende que la crisis de su tiempo no es sólo una crisis económica o política, sino una crisis espiritual: en esto coincidiría en planteamientos cercanos a Ortega o Jaspers. Si se liquidan valores tradicionales se acaba en el totalitarismo gregario de las masas. El Estado tiene su papel, en esta concepción ordoliberalista: impide los monopolios, promueve el cooperativismo, la descentralización y la participación en varios niveles. Si para autores como Villacañas (como recuerda A. Robles) el mal está en el libre mercado, podríamos añadir nosotros que para otros (como los austriacos) el mal estaría en el intervencionismo; pero para Röpke uno y otro parecen compatibles.

El profesor titular de la Universidad de Alicante Manuel Menéndez Alzamora analiza *El liberalismo francés de entreguerras: crisis ideológica y prefascismo*. La tesis es interesante y sencilla aunque, como el propio autor reconoce, no todos la comparan: se trata de considerar “el fascismo como el genuino producto de la degeneración terminal de la cosmovisión liberal” (p. 312). Esta tesis es analizada desde la teoría del cesarismo de Gramsci y desde la historia de la política en Francia. Por un lado la teoría del cesarismo propuesta por Gramsci puede servirnos para explicar el surgimiento y auge del fascismo. Según Gramsci cuando dos partidos o facciones están en lucha y amenazan aniquilarse mutuamente, puede surgir un tercero en discordia que aúne las voluntades de todos: un César, un Napoleón, un Bismarck o en el caso que nos ocupa una tercera corriente política que se sitúa como la solución a la interminable discusión de liberales economicistas y socialistas totalitarios: el fascismo reaccionario. Por otro lado la historia de la política francesa muestra

cómo a partir del '34 la derecha conservadora se radicaliza en Francia. A partir de un espacio o tercera vía de no conformistas (Mounier, Maritain, etc.) se van tensando las posturas. Por nuestra parte nos gustaría apuntalar la tesis del profesor M. Menéndez recordando un hecho llamativo: tres grandes republicanos y liberales españoles, Marañón, Ortega y Pérez de Ayala, tuvieron sendos hijos que se alistaron en el bando sublevado en el '36.

Aprovechando la referencia histórica, llegamos a la última sección del libro en la que se desgranar algunas figuras clave del liberalismo español de entreguerras. La primera de ellas es la de Giner de los Ríos, estudiada por Delia Manzanero, profesora de la Universidad Rey Juan Carlos, en el capítulo titulado *Liberalismo gineriano: educación, selfgovernment, libertad de conciencia y cuestión social*. Giner se encuadra en el krausismo que implantó en España don Julián Sanz del Río, y que ya señalaba algunos supuestos errores del liberalismo clásico: no basta con la libertad negativa de no coacción: hace falta la libertad interior, positiva, de la autodeterminación y el dominio de sí. Pero el krausismo es esencialmente liberal, como le reconocían sus enemigos del tradicionalismo (p.e., Menéndez Pelayo). El valor supremo es la libertad, pero vehiculada por una ley que no se puede imponer, sino que se ha de asumir libremente. Muy acertadamente valora sobre todo la libertad de conciencia porque sin esta libertad interior la libertad exterior carece de sentido. Pero este liberalismo, a diferencia del clásico, se preocupa hondamente por la cuestión social. Se trata por tanto de un liberalismo de raíz ética, que apuesta por la educación como la herramienta fundamental de transformación social, de ahí la fundación de la Institución Libre de Enseñanza.

El volumen también estudia a *Manuel Azaña: un proyecto liberal para la España de entreguerras* de la mano de Manuel Ortega Ruiz, profesora de la Universidad de Jaén. Se trata de una biografía política de Azaña, partiendo de sus inicios republicanos desde su llegada a Madrid en 1898, donde ya defendía la libertad individual, el reconocimiento de asociaciones obreras o la separación Iglesia-Estado. El republicanismo se fragmentó con Lerroux o Melquíades Álvarez (que influyó sobre Azaña). La dictadura primoriverista es apoyada, entre otros, por los socialistas, a cuya facción moderada se acerca también Azaña. Con Acción Republicana Azaña se sitúa a la izquierda del republicanismo, sin dejar de ser liberal. El liberalismo de Azaña se percibe en la reclamación de la soberanía del pueblo, la limitación del poder y la participación ciudadana. Su fe en la democracia le lleva a pensar que mejor es un parlamentarismo defectuoso que una dictadura perfecta. Y además, señala acertadamente que la democracia no está reñida con la meritocracia, porque precisamente “la democracia es el método para señalar a los más capaces” (p. 377). Finalmente logró eliminar la confesionalidad del Estado y la expulsión de los jesuitas, a los que

consideraba como la injerencia de un poder ajeno al Estado (cabría añadir que también en la triste expulsión de los jesuitas, firmes opositores por entonces del liberalismo político, económico y teológico, se echa de ver la política liberal de Azaña).

Pedro Carlos González, profesor titular de política en la UNED, presenta la figura de *Ramiro de Maeztu y la crisis del liberalismo*. Maeztu se inserta en el largo verano liberal (en feliz expresión de Steiner) que va de 1820 a 1915. La juventud de Maeztu estuvo nutrida por las lecturas de Nietzsche, Schopenhauer, Malthus, Stirner, Spencer, Marx o Costa; y se quejaba tanto de la Restauración como de Menéndez Pelayo o la Iglesia. Considera que el dinero debe triunfar sobre la espada del militar, la cruz del religioso o la balanza del juez: le gustaría suprimir el Estado a su mínima expresión, y que fuera el mercado el que marcara la pauta. Mientras vive en Gran Bretaña se acerca al *new liberalism* y al socialismo de los fabianos, del que le atrae su espiritualismo y su antimarxismo. En esta época parece más partidario de un Estado intervencionista. Más adelante en 1911 viaja a Marburgo y comienza a cambiar su visión de algunas cosas; por ejemplo comienza a valorar la inmensa figura de Menéndez Pelayo, aboga más por las cooperativas y considera al Estado como un elemento subsidiario. En la primera gran guerra es aliadófilo por razones religiosas, y le gustaría armonizar el capitalismo con el catolicismo, de ahí que escriba “El sentido reverencial del dinero”. La última etapa de su vida es bien conocida, con su cerrada defensa de la hispanidad y la contrarrevolución. En la revista Acción Española recupera las figuras de Donoso Cortés o Balmes, e incluso se interesa por Hitler (aunque como católico rechace su antisemitismo). Aunque abandone el liberalismo político, sigue aferrado al liberalismo económico (p.e., critica con razón al *New Deal* por intervencionista). En fin, el trabajo del profesor P. C. González da buena cuenta del carácter poliédrico de Maeztu.

El último capítulo se dedica a *La revisión de liberalismo en Ortega*, por parte de Ángel Peris Suay, catedrático en la facultad de Teología de Valencia. También Ortega y Gasset, como los otros autores estudiados en este volumen, toma distancias respecto de liberalismo clásico e intenta conciliarlo con posturas menos individualistas. A Ortega no le place ni el formalismo kantiano ni el utilitarismo individualista: ambos son evidentes abstracciones que no tienen en cuenta el carácter comunitario e histórico del ser humano. El liberalismo clásico individualista nos ha conducido a una sociedad de masas, altamente tecnificada, donde se puede conseguir cualquier cosa, pero que no se sabe lo que quiere: profusión de medios y desorientación de fines. Ortega acepta la intervención del Estado para evitar desequilibrios y situaciones injustas. Entonces, ¿qué es ser liberal? Estad dispuesto a dialogar y negociar con quien piensa distinto. El mero capitalismo trae riqueza, pero desmoraliza a la persona. En cierta época de su vida, incluso aboga por que el Estado se ocupe del

trabajo o el bienestar social: “A esto llamamos, frente al liberalismo económico, la economía organizada”; el Estado debe funcionar como si fuera una gran empresa. En la cuestión religiosa, defendía la separación Iglesia-Estado que años más tarde acabaría siendo la postura oficial de la Iglesia desde el Vaticano II.

Y con esta última sección dedicada a España, origen por cierto de la palabra “liberalismo”, según parece, se cierra el presente volumen al que auguramos una feliz recepción por todos los amantes de la libertad.

J A I M E V I L A R R O I G

